



Vol. 13, No. 2, Winter 2016, 373-378

## Review / Reseña

Moraña, Mabel. *Churata postcolonial*. Lima: Latinoamericana Editores, 2015.

### Descubrimientos de Churata

**Christian Elguera**

University of Texas—Austin

La obra de Gamaliel Churata—hasta hace un tiempo de difícil acceso y escasamente comentada—ha recibido una mayor recepción crítica en los últimos cinco años. Esto se ha debido, en buena parte, a la reedición de su principal texto, *El pez de oro* (editado por Helena Usandizaga, 2012), de su poesía reunida en el volumen *Ahayu Watan* (recopilado por Mauro Mamani, 2013) y a la publicación de su inédito *La resurrección de los muertos* (editado por Riccardo Badini, 2010). En este contexto, la aparición de *Churata postcolonial* de Mabel Moraña resulta una contribución preeminente no solo a lo que pudiera considerarse “estudios churatianos”, sino al campo de estudios latinoamericanos.

Mal haríamos en restringir este libro a un campo geográfico específico como el peruano, pues de hecho uno de los mayores esfuerzos de Moraña es sugerirnos el valor de Churata para repensar la postcolonialidad y descolonialidad en América Latina. Así, en las primeras páginas de la presentación leemos: “Churata no está detrás de nosotros, sino adelante.

Nuestro trabajo es caminar a su paso y ver si puede caminar al nuestro” (15-16). De esta manera, en lo que sigue del libro (dividido en “Textos y contextos de Gamaliel Churata” y el apéndice “Vías de acceso para el estudio de Gamaliel Churata”), Moraña buscará hacernos seguir y sentir el “afebrado pensamiento” de este “poeta filósofo” (15).

Tildado de esotérico, Churata no es un autor sencillo, tanto por su plasticidad formal como por la cosmogonía indígena que representa. Por esto, junto al texto de Miguel Ángel Huamán (*Fronteras de la escritura*, 1994), el análisis de Moraña es uno de los acercamientos más minuciosos a nivel crítico y teórico. Y aun así Moraña resulta más arriesgada pues no solo busca reconocer los logros de Churata sino que también lo cuestiona, incidiendo en los límites de su proyecto estético-ideológico.

En las primeras páginas del libro, Moraña se detiene a entender esta obra de Churata en el marco de los debates sobre el indigenismo desde las propuestas de José Carlos Mariátegui, Luis Valcárcel, Luis Alberto Sánchez, entre otros. En este punto se cuestionan las relaciones entre el marxismo y el proyecto indigenista, de lo cual se concluye que Churata buscó un “totalismo” o una propuesta integrativa entre una y otra ideología a fin de evitar caer en reduccionismos o esencialismos. Pero además de una comprensión histórica (en el contexto nación-vanguardia-revolución de los años 30 en Perú), la autora establece un diálogo entre Churata y la actual condición postcolonial latinoamericana, así señala: “Aunque la distancia y las diferencias entre el presente y las décadas en los que se desarrolló el pensamiento de Churata son innegables, ciertas continuidades resultan fértiles e integrativas” (28).

Las respuestas postcoloniales de Churata se dan mediante la captación de epistemologías y ontologías indígenas, la configuración de un lenguaje sucio (que Churata llama *chaskadera*), la desacralización del canon occidental y su apuesta por la diferencia cultural andina ante modelos totalizantes de nación. Pero así y todo Churata no rechaza la cultura occidental, y en este sentido la composición de su obra resalta una tensión heterogénea entre particularismo y universalismo. Esta tensión se testimonia desde los años de Churata con el grupo Orkopata, el *Boletín Titikaka*; atraviesa su estadía en Bolivia, sus miles de crónicas periodísticas

y *Resurrección de los muertos*. En este sentido Moraña, siguiendo a Laclau, sostiene que la operación churatiana consiste en demostrar lo incompleto de las concepciones universalistas del eurocentrismo, de esta manera en su obra “lo universal connota siempre incompletitud, inacabamiento mientras que lo particular se define como manifestación de identidades diferenciales” (114).

En el trasiego de definir la condición poscolonial de Churata, Moraña establece lecturas comparativas entre el pensamiento churatiano y las obras de Antonio Cornejo Polar, Rodolfo Kunch, Ernesto Laclau, Aníbal Quijano, Boaventura de Sousa Santos, entre otros. De esta manera se va elaborando una metodología acorde con la complejidad de *El pez de oro* y *Resurrección de los muertos*. Por ejemplo, en el caso de Cornejo Polar, si bien se advierte que la obra de este crítico “diseña un mapa de problemas, alternativas y posibilidades teóricas a partir de los cuales la obra de Churata puede ser abordada productivamente” (83), también se reconoce que Churata plantea nuevos desafíos a los modelos de heterogeneidad o totalidad contradictoria.

Acercas de la obra de Aníbal Quijano, se pone de relieve cómo Churata piensa las estructuras de dominación del colonialismo y de qué manera su obra interrumpe la continuidad de la colonialidad. Moraña considera que esta interrupción se da de tres modos: 1) mostrando las grietas del conocimiento oficial eurocéntrico, 2) criticando la noción hegemónica de lo “real” a nivel ontológico, 3) empleando un repertorio de saberes que desbordan la organicidad de la cultura occidental (101). A partir de este último la autora hace un parangón entre el pensamiento postcolonial churatiano y el concepto de “epistemicidio” de Boaventura de Sousa Santos. Esta comparación permite comprender el esfuerzo de Churata por aprehender en su obra las dinámicas de las epistemologías quechuas y aymaras, ya sea desde una temporalidad otra que perturba la linealidad de la modernidad, desde la concepción de la muerte o la animalidad. *El pez de oro* puede así entenderse como una aplicación práctica de lo que Boaventura ha llamado una sociología de las ausencias. En este sentido la autora apunta que: “La estrategia discursiva de Churata elimina la jerarquización del arriba/abajo, superior/inferior,

adentro/afuera, centro/periferia, des-categorizando los saberes que venían marcados por siglos de marginación epistémica” (102).

La reivindicación de estos saberes tradicionales no implica que Churata fetichice la otredad (129), lo cual hubiera sido caer en un esencialismo cultural (nacionalista). Cuando Churata hace uso de los saberes indígenas lo hace para criticar y a su vez reapropiarse de los discursos dominantes, pero no los niega. Un ejemplo de esto lo podemos encontrar en el capítulo de *El pez de oro* titulado “Pachamama” donde el descubrimiento de Cristóbal Colón es interpelado y comprendido desde la cosmogonía aymara. En este sentido uno de los puntos más incitantes de Churata postcolonial es cuando se esboza una lógica no humana presente en *El pez de oro* y *Resurrección de los muertos*, es así que se abordan temas como la ontología indígena, el chamanismo y la animalidad. Sobre los aspectos ontológicos, Moraña enfatiza la importancia de un concepto como el *ahayu* (“alma comunitaria”), acorde con la noción de ego usada por Churata y que “designa una unidad plural y al mismo tiempo unificada donde el individuo coincide con el todo” (166).

Sobre los saberes chamánicos se sugiere que la escritura churatiana se estructura en correspondencia con resonancias cósmicas, con viajes que se desbordan “hacia la verdad esencial y la sustancia histórica y vital de las culturas oprimidas” (162). Respecto de las presencias animales, Moraña reconoce la configuración de una coexistencia entre humanos y no humanos a partir del uso de recursos de antropomorfización (175), asimismo se precisa que Churata “ataca el principio occidental dualista de separación de naturaleza y cultura” (188). Estos acercamientos resultan indispensables para la continuidad de un análisis cosmopolítico de la obra churatiana.

Igualmente importante es el modo en que Moraña entiende la función de la teatralización y la mímica en *Resurrección de los muertos*. Para Moraña, estas estrategias discursivas ponen de relieve como Churata se apropia y desacraliza el canon occidental. Esta operación radicaliza el proyecto de *El pez de oro* (181) ya que aumenta las ambivalencias del contacto entre saberes, sobre todo si consideramos que “los grandes pensadores [de Occidente] terminan reconociendo sus errores ante el saber

‘salvaje’ del profesor Analfabeto” (185). De esta manera la de Churata es una movilidad o posicionalidad dinámica, nunca fija ni definida a priori, por eso su obra habla desde espacio del ‘entre’, ese espacio pluritópico donde se escuchan voces “de mestizo y de indio, de hombre y de animal, de americano, de andino, de vanguardista, de meta-indigenista, de intelectual (post)moderno y de sujeto postcolonial” (204).

El apéndice con que se cierra el libro resulta una interpelación (en el sentido más mariateguiano del término) a la escritura churatiana. Así resáltense las preguntas sobre el indigenismo de Churata, si realmente el autor logró superar los límites de representación letrada del sujeto indígena. En este sentido para Moraña la de Churata fue más una preocupación cultural antes que económica o política, así señala que el “nunca da el salto desde el nivel reivindicativo hacia el político” (219). Otro punto destacable es cuando la autora interroga si el acercamiento de Churata a las lenguas indígenas y su construcción de una “lengua sucia” no tiende finalmente a una “prefiguración alegórica de la mestización”. Estos cuestionamientos buscan hacer una revisión de los lugares comunes; nos hacen repensar no solo las líneas de fuga trazadas por Churata sino también sus riesgos de estratificación (¿mestizaje?, ¿exotismo?, ¿ideología letrada burguesa?) propios de las negociaciones entre culturas locales y globales.

Por último, unas palabras sobre la metodología de *Churata postcolonial*. El abordaje resulta una invitación no solo a una lectura erudita sino sobre todo a un acercamiento creativo. Esto confirma una convicción creativa y germinativa del hacer crítico, por eso la autora señala que se propone “entregar al lector una propuesta que contiene múltiples desafíos y no pocas promesas” (15). Esta propuesta no se impone sino que se presenta a través de un diálogo (verbigracia el apéndice) que avanza gradual. Trazar las líneas de nuevas interpretaciones es lo que hace válido un estudio crítico, esbozar un mapa que permita renovados contactos entre el autor y los lectores. Queda así pendiente continuar adentrándose en lo sugerido por Moraña para mejor comprender la obra de Churata, en temas como la ética, el contacto lingüístico, el afecto, el cuerpo, la filosofía andina,

así como evaluar la importancia de los años bolivianos en su pensamiento postcolonial.